

Homenaje al Dr. D. José Sánchez San Julián.

*Manuel Alberola Cremades **

Su padre D. Esteban Sánchez Santana fue médico militar y le trasladaron a Corella (Navarra) durante las guerras carlistas. Allí conoció a su madre, se casó y nació su hermano mayor Agustín. D. José nació en Alicante quince años después.

Estudió medicina en Madrid y aprendió mucho de sus grandes maestros Madinaveitia y D. Teófilo Hernando. Terminó en 1920 y con la ayuda de su hermano, ya que su padre había muerto, estudió en Alemania y en el hospital Sant Antoine de Paris, donde se hizo buen amigo del Dr. Moga, que llegó a ser presidente de la Asociación Mundial del Aparato Digestivo, de la que más tarde fue también el Dr. Villar del sucesor del Dr. Gallart Monés en el Servicio del hospital de Sant Pau en Barcelona.

Al llegar a Alicante montó una consulta donde su hermano Agustín ejercía como ginecólogo y cuando su amigo el arquitecto Vidal, (el mismo que hizo el Hospital Provincial), al principio de los años 30 terminó la casa Carbonell, alquiló dos pisos.

Se veía agobiado porque las 50 pesetas de alquiler que pagaban entre los dos hermanos en la calle Villegas se convirtieron en 500 de cada piso en la Explanada.

Su trabajo iba cada día a más. Era tan grande su prestigio que veía enfermos de toda España.

A pesar de que su situación era muy buena su ilusión era crear una escuela de aparato digestivo, por lo que se presentó y aprobó las oposiciones al Hospital de la Beneficencia provincial en el año 1933. Sabía que iba a trabajar mucho y cobrar muy poco.

En el hospital estaba triste por la falta de medios para atender a los enfermos. De sus propios ahorros compró un aparato de Rx, que era una tabla vertical sin movimiento, un tubo sin protección y una mesa de mandos desde donde había que dar rayos con una cuerda fina.

Allí trabajó con el buen médico Juan Santaolalla y con dos cirujanos de prestigio, el Dr. Carbonell y el Dr. Sapena que murió joven. Poco después en el mismo año ingresó también el gran Dr. Clavero que fue con el que trabajó prácticamente toda su vida. Fueron dos grandes médicos, mejores amigos y dos maravillosas personas.

A principios de nuestra guerra civil, dos barcos militares argentinos (El Tucuman y el 25 de mayo) estuvieron fondeados una temporada en las cercanías del puerto. Por la buena relación de carácter sanitario que tuvieron con los clínicos de ambos barcos, les regalaron muchas revistas médicas americanas que ellos recibían y en las cuales estudiaron trabajos sobre colangiografías operatorias, que ya se hacían en los EE. UU. y otros países.

Decidieron comenzar a hacerlas, siempre que pudieran ser porque a veces trabajaban en sitios diferentes durante la guerra.

A partir del año 39 las practicaban sistemáticamente a todos los enfermos litiasicos, que operaban y fueron los primeros en publicarlas en revistas españolas y en congresos.

A mí me llevó allí el Dr. Zaragoza cuando terminé segundo de medicina el año 47 y no dejé de ir durante las vacaciones y en verano, siempre que mi trabajo me lo permitía.

Entonces estaban Paco Zaragoza, Ángel Pascual, García Álvarez y Vicente Bertomeu, que era el encargado de tirar de la cuerda de la mesa de mandos a las órdenes de D. José. (Vicente ¡cuerda! ¡para!)

Después llegaron; Rafael Mora al terminar su especialidad en Francia y en el Sant Pau y Jorge Torregrosa, que llegaba todas las mañanas con su vespa desde Villajoyosa y que había estudiado con D. Carlos Jiménez Díaz y todo su equipo. Era un hombre con una simpatía y un cerebro privilegiado.

Cada uno éramos diferentes pero creo que D. José con su discreción y eficacia supo hacer un buen equipo de alumnos, aunque él siempre nos llamó colaboradores. Nos enseñó a cuidar a los enfermos desde que llegaban, a escuchar sus problemas ya olvidarnos de mirar el reloj, como decía su buen amigo el Dr. Marañón.

Teníamos que atender a dos salas de 28 camas, una de enfermos y otra de enfermas.

Cada sala estaba atendida por una religiosa con su gran toca y un solo practicante que tenía que inyectar los medicamentos, los sueros venosos, extraer jugo gástrico a los pacientes que tenían acidez, pirosis y a algún enfermo con dispepsia para estudiar el Ph y tenían que hacer paracentesis a muchos ascíticos, porque en aquella época no había diuréticos, ni siquiera los mercuriales.

En la sala 8 estaba Sor Victoria y Asensi, que después se hizo médico y en la sala 3 estaba Amorós y la gran Sor Magdalena.

Asistíamos también a los enfermos de las consultas externas y estábamos presentes en muchas intervenciones quirúrgicas al lado del cirujano y entre todos estudiar las colangiografías operatorias, y de común acuerdo decidir si se abría el duodeno, para a través de la ampolla de Vater limpiar el colédoco y estudiar el final del conducto pancreático.

Se hacían muchas laparotomías exploradoras, ya que no teníamos los medios diagnósticos de ahora, y había que estar forzosamente junto al cirujano, que en aquella época ya estaba Carlos Vander Hofstad para ver que ocurría en el interior del abdomen y estudiar el aspecto de las piezas extraídas durante la intervención, ya que no había anatomía patológica hasta que no llegó Paco Llorca Lledó, a principios de los 50.

Posteriormente Zaragoza y yo dejamos de ir. El, porqué montó un Sanatorio propio y yo porque mi trabajo aumentaba y a la misma hora del Hospital tenía que ir a revisar diariamente los problemas médicos de 400 internos de un colegio. Alguna vez había que llamar a sus familias por causas graves, como meningitis, neumonías o problemas quirúrgicos como apendicitis y fracturas, para saber donde había que ingresarlos.

Cuando se inauguró el Hospital de la Seguridad social que tuvo al principio más bien carácter quirúrgico, D. José fue nombrado Jefe consultor de medicina interna, pero no tenía un horario fijo y poco más tarde, al ampliar las especialidades. Ángel Pascual se fue como jefe de Aparato Digestivo.

La bondad y la grandeza que nos demostró D. José a los que tuvimos la suerte de estar a su lado nos hizo comprender que consolar a los enfermos, de la manera que él lo hacía era, como dijo su amigo D. Gregorio, un privilegio que no tienen otras profesiones y los que hemos trabajado junto a él hemos sido privilegiados al impregnarnos de su forma de ser.

En una entrevista que le hicieron dijo que ahora se sentía más feliz porque estaba aprendiendo de sus discípulos cosas nuevas, refiriéndose a las endoscopias flexibles que hacía Rafael Mora y le permitían ver esófago, estómago, duodeno, recto y colon, hacer biopsias y enviar los enfermos al cirujano con diagnósticos más precisos.

D. José, por la cosecha de sus trabajos científicos fue:

- Jefe de Servicio de Aparato Digestivo del Hospital Provincial de Alicante.
- Miembro honorario de la Real Academia de Valencia.
- Encomienda con placa de la Orden Sanidad.
- Académico Corresponsal de la Real Academia de Medicina y Cirugía de Madrid.
- Medalla de oro de la Sociedad Nacional de Gastroenterología.
- Condecorado con las Palmas Académicas de Francia
- Medalla de oro del Colegio de Médicos de Alicante, del que fue muchos años presidente, incluso de los años 34-36.

- Fundador y Presidente de la Academia médico quirúrgica de Alicante
- Presidente honorífico del Colegio de Practicantes de Alicante.
- Presidente del III Congreso Mundial de Gastrohepatología de Japón.
- Fundador con otros ocho amigos de la Casa de Reposo y Sanatorio del Perpetuo Socorro, que dio mucho prestigio a Alicante, de la que fue presidente muchos años.

Pero su mayor premio fue tener a una gran esposa, Doña Celia. No tuvieron hijos, pero adoptaron a una sobrina que con sus niños les alegraron la vida y les ampararon en los momentos difíciles que pudieron tener.

RESUMIENDO, D. José era un hombre feliz porque tenía las cuatro HACHES que es necesario para ello.

D. José era HUMILDE. A pesar de tantos méritos, era sencillo.

Tenía una buena escuela de digestivo y nunca nos llamó alumnos a los que estábamos a su alrededor e incluso, como os he dicho antes, les dijo a los periodistas que aprendía a diario de nosotros.

También les dijo que no le gustaban los honores porque el dintel de su sensibilidad era muy bajo y cuando le daban una medalla procuraba que fuera sin grandes protocolos y en su pueblo.

Era HONRADO, amigo de todo el mundo, Si alguien discrepaba de él, hablando se entendían.

Era HUMANO con los enfermos y con los colaboradores. Te explicaba las cosas sin tu pedirlo.

Yo siempre recordaré, al dejar de ir al Hospital, el cariño con el que me preguntaba cuando a veces nos veíamos ¿Manolo, cómo te van las cosas? Y cómo se alegraba de mi respuesta.

Aunque pareciera serio, tenía mucho sentido del HUMOR y lo demostraba con una sonrisa agradable.

Y en una conversación con periodistas de INFORMACIÓN añadió una quinta H. El HAGASE TU VOLUNTAS... Les dijo que sufría mucho con los enfermos graves y terminales que traba en el Hospital, en el Sanatorio y en su casa y aunque no hacía promesas, pedía mucho por ello al SEÑOR y a MARIA AUXILIADORA.